

lace con que la tradición viva la incorpora a la historia de hoy. Una obra que, a la par con la labor realizada para libertar al elemento indígena de la esclavitud económica—que con mayor o menor intensidad cumplieron los últimos gobiernos revolucionarios — traslade al medio educacional el propósito de levantar a la raza de su postración, del desconocimiento de su propia potencia. Cuando esté terminada esta obra de redención económica y moral del indio, llegará éste a perdonar los errores históricos de que fué víctima.

Para la educación técnica del pueblo hace falta también una obra inspirada en un propósito de inteligente nacionalismo. La riqueza del suelo mexicano es tan grande como pequeño ha sido el esfuerzo realizado para explotarla. Sin embargo, a los pobladores del país, particularmente a los indígenas, se les reconocen aptitudes técnicas excepcionales para los menesteres de la industria.

Libros «de primera necesidad» son, pues, las *metodologías industriales*. Sencillos procedimientos, que puedan alcanzar profusa difusión, para la elaboración industrial de las variadísimas especies de materia prima que el suelo ofrece y que hoy están abandonadas o sólo son aprovechadas rudimentariamente, y elaboradas

con instrumentos y métodos arcaicos.

El doctor Gamio trae en su estudio una serie de ejemplos y detalles que ilustran la viabilidad del sistema propuesto y la práctica ejecución de sus métodos.

Hemos creído oportuno hacer un pequeño resumen de sus ideas, porque en ellas van comprendidos problemas de gran entidad y orientaciones generales de solución que no hieren sólo la vida de un pueblo ni son aprovechables exclusivamente por los mexicanos.—A. V.

#### **Significación de Jean Cocteau.**

En la revista «Social» de La Habana hemos leído recientemente un interesante artículo firmado por Alejo Carpentier y titulado «Jean Cocteau y la estética del ambiente». Creemos útil darlo a conocer, al menos en sus partes fundamentales, porque ofrece algunos puntos de vista nuevos sobre el importante escritor francés.

Carpentier describe a Cocteau en sus medios familiares y en la intimidad de los corrillos, diciendo: «Cocteau deja hablar y sonríe. Su perfil anguloso, cazado múltiples veces por el trazo cáustico de Picasso, y su silueta revestida de sobria elegancia—ni melena ni tornasoles—, aparecen esporádicamente entre las humaradas de pipas de la *Rotonda*; en la calle

Ravignan, donde moran Reverdy y Utrillo; en *music-halls* o en conciertos de vanguardia, que *exponen* bocetos sonoros de Milhaud o caricaturas rítmicas de Wiener, sin suscribirse a ninguna capilla y despistando irónicamente a los continuadores, Jean Cocteau no ha llevado jamás la etiqueta modal de una escuela.»

Hecho este breve esbozo de Cocteau que basta en realidad para describirnoslo en algunos de sus aspectos más importantes como artista, Carpentier nos dice algo más profundo y sustantivo: «Espíritu extraordinariamente ágil y equilibrado, se pasea en medio del torbellino de la vida actual con un franco sentido del análisis, análogo al del *Ingenuo* creado por el viejo ironista de Ferney. Cuanto nos rodea es, a su juicio, un espectáculo curioso, lleno de sensaciones que debemos saber aprovechar y, a la postre, nuestra época es tan interesante como cualquier otra.»

Luego Carpentier nos dirá qué piensa Cocteau sobre el modo actual de hacer poesía y sobre el ideal moderno del escritor. Oigámosle: «El Modernismo en sí no existe; hay solamente en cada momento un caudal de emociones vírgenes que es necesario hacer perceptibles; un *flúido* únicamente utilizable para el verdadero poeta, y que debe originar un

arte de acuerdo con nuestra sensibilidad, es decir, directo, rápido y sintético, cuyo ideal sea concentrar en *un solo verso* lo que antaño «se diluía en cuatro estrofas» ya que «las buenas lágrimas no son arrancadas por una página triste, sino por el milagro de una palabra bien emplazada».

Existe, por lo tanto, para Cocteau lo que podría llamarse la «poesía ambiente» que el poeta tiene la misión de representar en sus versos y hacerla comunicable a aquellos que no tienen, como él, la facultad de advertirla y apreciarla. Pero hay algo más: para Cocteau la forma no depende en absoluto de la interpretación de esa poesía que hemos llamado ambiente. Para hacer más comprensible el pensamiento de Cocteau, empleemos una frase de él mismo, citada por Carpentier en su estudio. «Se trata —dice— de mostrar las cosas sobre las cuales el corazón, la mirada, corren cada día bajo un ángulo y a tal velocidad, que al reparar en ellas creemos verlas y conmovernos por primera vez.»

Luego dice Carpentier: «Hasta los lugares comunes— «eternas obras maestras»— tienen cierta frescura que es génesis de poesía, del mismo modo que una parada de feria o la cara de un burgués que sale de la montaña rusa encierra una estética arbitraria de las

cosas absolutamente banales o ridículas. El verdadero poeta debe vivir al acecho de ese *flúido* continuo y maravilloso. Fuera de eso «sólo hay literatura»...

El carácter fundamental de los libros de Cocteau, según su comentador, es el de una reacción contra el malestar de la época actual. Está armado con una cultura sólida que sirve de admirable auxilio a una sensibilidad artística compleja y completa. Por ello no siente admiraciones infantiles por las cosas externas y menos representativas de nuestros días. Por ello no ha escrito cantos a los rascacielos ni celebrado el dinamo ni caído en ninguna de las exageraciones un poquito morbosas que distinguen a ciertos poetas de hoy. Hace su obra en forma bien independiente, señera e inconfundible, y ese es su mejor título.

Pero hay algo más todavía: «Su amor por la claridad y la concisión le aparta del terrible peligro de la *forma nueva* que anuló el admirable yacimiento poético de Apollinaire.» Es partidario del orden en el arte, de la armonía, y en esto, por lo tanto, este escritor modernísimo sigue rigurosamente las huellas de una tradición literaria que en Francia tiene siglos de edad.

Ahora bien, según Carpentier, «la *Poesía* de Cocteau, a pesar de apoyarse en razo-

namientos llenos de solidez, constituye la parte más débil de su obra». Su amor por la claridad y la armonía, que ya hemos referido, no le impide ser a veces tachado con justicia de obscuro y hasta incoherente en sus versos.

«Cocteau—dice luego Carpentier—, cuyas páginas de crítica musical son un modelo de agilidad y comprensión, estaba unido a Erik Satie por sólidos vínculos de amistad.» De allí nació la colaboración entre ambos para llevar al teatro un poema coreográfico super realista, *Parade*, que ha obtenido un éxito ruidosísimo y que se encuentra en el cartel desde su estreno, en 1917, triunfando aún.

Qué hizo, o por lo menos qué trató de hacer Cocteau al escribir para el teatro, nos lo dirá Carpentier en las líneas siguientes: «Perseguir el realismo absoluto en las tablas es absurdo. Todo se opone a él, y por esto nuestro teatro carece terriblemente del elemento plástico. Cocteau al realizar su obra no tuvo otra preocupación que la de amoldar la acción y la *mise en scène* a una perfecta exteriorización de su pensamiento, tratando de llevar a la escena, bajo luces nuevas, la poesía profunda del lugar común humano y verbal».

He allí, pues, en breves palabras, expuesto el sentido íntimo de la obra teatral de

Cocteau, tan significativa aun cuando tan aplaudida....

Hay, finalmente, otro aspecto en la obra de Cocteau que merece examen. Es su labor de novelista. «En la novela—dice Carpentier—Cocteau obtiene efectos realmente nuevos. Sus personajes, como los tipos de una vasta farándula, desfilan gallardamente entre frescas hojarascas de imágenes y observaciones de una agilidad y precisión sorprendentes.»

Las novelas de Cocteau dejan una impresión dolorosa porque «los caracteres que nos presentan destilan una verdad que molesta» y porque «son de una inmoralidad profunda». Lo malo, lo artificial, lo mezquino, lo indigno, lo condenable vencen siempre en ellas a la virtud, a la sinceridad y a la nobleza. Es cierto que para Cocteau, que considera al medio más fuerte que el individuo, la victoria de éste sobre aquél le parece el

verdadero triunfo. En esta forma se llega a una conclusión sorprendente: «la sensibilidad es un apéndice molesto y superfluo en la vida moderna»...

También merece algunas líneas de Carpentier el aspecto de crítica de la obra de Cocteau, manifestado en unos cuantos ensayos valiosos y dignos de mención.

El artículo que nos ocupa, que encierra un análisis bastante profundo de la importante obra de Cocteau, termina con las siguientes frases en que Carpentier resume su modo de pensar sobre el autor de *Le grand écart*: «Todo esto nos revela a Cocteau como una de las personalidades más interesantes del momento, como uno de los mejores intérpretes de la época. Ningún problema estético le es ajeno. Y, en plena juventud, ha esquivado cuidadosamente el estéril honor de ser jefe de escuela»...—S.